

formaría parte de la crónica genovesa contemporánea (1).

Tenemos, pues, redactada por veinte escritores la historia auténtica de Génova, que permaneció en el archivo secreto de la república hasta 1808. El atroz derecho de conquista, brutalmente ejercido entonces, condenó á Génova á enviar á París al ministerio del interior veinticinco cajas de papeles de su archivo. La paz subsiguiente, que solo reparó los daños causados á cierto número de pueblos, no restituyó á Génova ni siquiera el tesoro de sus recuerdos, y aquellos escritos continúan en la Biblioteca nacional de París, en la sala que precede á la de la herencia Colbert. Hay cierto número de copias en Génova, unas mutiladas, otras conformes con el texto parisiense, y algunas hasta legalizadas; tales son los tres de la Biblioteca cívica, de la universidad y de los misioneros urbanos; una del señor Gambino y otra del marqués Durazzo. Ahora bien, todas estas, como tuvo la bondad de verlo á petición mia el señor Canale, contienen el pasaje citado en los precisos términos siguientes: «Eodem anno (1291), Theodisius Auriæ, «Ugolinus de Vivaldo et ejus frater, cum quibusdam aliis civibus Januæ, cœperunt facere quoddam viagium, quod aliquis usque tunc facere minime attemptavit. Nam armavit optime duas galeas, et de victualibus, aqua et aliis necessariis in eis impositis, miserunt eas de mense madii de versus strictum » Septe (el estrecho de Seta), ut per mare Oceanum irent ad partem Indiæ, mercimonia utilia inde devaldo personaliter et duo fratres minores. Quod quidem mirabilis fuit non solum videntibus, sed etiam audientibus. Et postquam locum quod dicitur » Gozora (Azora) transierunt, aliqua certa nova non habuimus de eis. Dominus autem eos custodiat et incolumes reducat ad propria.»

Contra tal testimonio parece que nada puede la crítica de Santaren. Otras memorias de atrevidos navegantes genoveses pudieran rebuscarse; recordaré especialmente que el rey Dionisio de Portugal en 1317 empleó como almirante hereditario á Manuel Pezagno, natural de Génova, el cual debía tener siempre á disposición del monarca un estado mayor de 20 oficiales genoveses, para mandar y conducir sus galeras.

Favorece á Portugal el ver que la corte de Roma atendió las razones que alegaba respecto de los nuevos países, lo que no hubiera tratado de disputarle la prioridad por varios Estados de Europa, en particular por la Francia. Todos los navegantes se servían en los mares de África de pilotos portugueses, hasta el siglo xvi, y desde la fundación de San Jorge de Mina, ningún documento prueba que lo frecuentasen mas que portugueses, hasta que en las guerras entre Carlos V y Francisco I, algunos armadores franceses proyectaron una expedición á la costa de Guinea, so pretexto de que los portugueses facilitaban pólvora y dinero al emperador. El análisis de los mapas publicados por el vizconde de Santaren convence de que la figura del África, en su parte última, era totalmente desconocida antes del viaje de Gil Yáñez en 1443; que adquirió mayor exactitud á medida que se verificaron los descubrimientos de los portugueses, y que en los siglos xv y xvi todas las denominaciones de la costa estaban tomadas del idioma portugués.

(1) «Anno a N. Dni MCCLXXXIV, die XVI Julii, egregius vir multa honestate et sciencia præelectus Jacobus Auriæ hujus operis laudabile consequutum, coram nobilibus viris DD. Jacobo de Carcano potestate Communis Januæ et Simone de Grimelio capitaneo populi, abbatí populi, et auctoris hujus civitatis, continuationem operis cronice ab eodem feliciter ordinatum presentavit Qui videntes ditum opus optime fore compositum, consulerunt, laudaverunt et dureverunt præfatum opus in præsentí cronice ventilari, dictumque virum multipliciter de tanto opere et sic bene composito vere collaudantes. Ego Gulielmus de Caponibus notarius presentationi predicto concilio et decreto predicto inter fui et scripsi.»

Pudieramos oponer algunas autoridades al aserto de Santaren, cuando dice que nadie tenía conocimiento de los antipodas, y que se creía inhabitable la zona tórrida. Ciertamente la erudición fué el menor mérito de los antiguos, y sorprende el hallar tan desprovistos de ella aun á aquellos autores que le deben su principal gloria, como Plinio el Anciano y Varron. Atendiendo á la geografía, diremos que algunos escritores ignoraban enteramente los hechos demostrados por los que les habian precedido, y renovaban errores combatidos ya. Tácito, por ejemplo, dice que M. Agrícola fué el primero que conoció que la Inglaterra era una isla; siendo así que César la habia descrito anteriormente como tal, y con toda la exactitud posible en su época, colocando al Oriente de la Bretaña la Germania; al Mediodía la Galia; al Occidente, la España, y á mitad del camino la Irlanda. Homero representa á los héroes ilíacos maravillados de la travesía desde el África á la Sicilia, y sin embargo, los Fenicios surcaban ya las aguas del Océano. Herodoto, tan docto hasta en la geografía, ignoraba los descubrimientos de los Cartagineses. Estrabon, que nos dejó el mayor monumento de geografía antigua, era completamente ignorante en lo respectivo á la Bretaña, que, sin embargo, se contaba ya entre las provincias romanas, y creía que el Mar Caspio comunicaba con el Océano Septentrional, aunque Herodoto habia hablado de él como de un gran lago, y los soldados de Pompeyo habian reconocido su contorno. Plinio llama isla á la Escandinavia. Véase antes pág. 648.

En cuanto á los antipodas, ya entre los antiguos, Gemino, contemporáneo de Ciceron, aseguraba, «que no debía creerse inhabitable la Zona Tórrida, pues al contrario, algunos que llegaron hasta allí, habian encontrado gente; no faltando quien sostuviera que las tierras situadas en el centro estaban mas pobladas que las de las extremidades.» Dante habia explicado la posibilidad de que hubiese antipodas, con indicar claramente en el centro de la tierra el centro de gravedad, el punto «adonde son atraídos todos los cuerpos pesados,» pasando mas allá del cual, vuelca.

Concluirémos diciendo, que indudablemente algun aventurero fué impelido por la fortuna ó por su atrevimiento al otro lado del Cabo Bojador antes que los Portugueses; pero sin que esto influyese en las relaciones comerciales, ni dejase el menor rastro en la ciencia. También es posible que tres siglos antes de Colon los Irlandeses arribasen al continente americano; mas tal acontecimiento en nada perjudica á la gloria del Genoves, el cual no llevó por objeto descubrir un nuevo mundo, sino abrir un nuevo camino hacia las Indias Orientales. Los Portugueses lo consiguieron costearo el África, y dirigiéndose primero al Sur y despues al Este; Colon se propuso lograrlo por el Oeste. Llamó en auxilio de su propuesta todos los argumentos imaginables; pero jamas hizo uso del que le hubiera valido un triunfo seguro, á saber, que otros habian ido allí antes. Tampoco sus adversarios, que al principio le argüían con la imposibilidad de la empresa, y que luego se empeñaron en escatimarle la gloria, adujeron el argumento mas decisivo, esto es, que otros le habian precedido en aquella senda. Los reyes de España, que apuraron el ingenio para negar por ingratitud lo que en un instante de aturdimiento habian prometido, no opusieron jamas tal argumento á Colon. Veinte testigos declararon que el Almirante habia tenido noticia del Nuevo Mundo por un libro existente en Roma en la Biblioteca de Inocencio VIII y por un cántico de Salomon que indicaba el nuevo camino á las Indias; pero, como acontece á la envidia, semejante oposicion no ha hecho mas que patentar la injusticia con que la posteridad pretende usurpar al almirante la gloria de sus descubrimientos.

(F) pág. 684.

SOBRE LA CONFIANZA DE COLON DE PODER DESCUBRIR LAS INDIAS.

Fernando, hijo de Cristóbal Colon, expone en estos términos las causas que indujeron á su padre á creer que podría descubrir las Indias (1).

«Las causas que determinaron al Almirante á emprender el descubrimiento de las Indias, fueron tres, á saber: fundamentos naturales, autoridades de escritores, é indicios de navegantes. Con respecto á lo primero, que es una razon natural, digo, que consideró que toda el agua y la tierra del universo constituirían y formaban una esfera, cuya vuelta se podía dar de Oriente á Occidente, caminando los hombres hasta que llegasen á estar piés con piés, en cualquiera parte que fuese, encontrándose á la opuesta.

Supuso, en segundo lugar, y conoció, por la autoridad de escritores estimados, que en una gran parte de esta esfera se habia ya navegado, y que solo faltaba para que estuviere toda descubierta y manifiesta, el espacio que se extiende desde el fin oriental de la India, de que Tolomeo y Marino tuvieron noticia, hasta que siguiendo el camino de Oriente se volviere por nuestro Occidente á las islas Azores y de Cabo Verde, que era la tierra mas occidental descubierta hasta entonces.

Consideraba, en tercer lugar, que el dicho espacio entre la extremidad oriental conocida de Marino, y las dichas islas de Cabo Verde, no podía ser mas de la tercera parte del círculo mayor de la esfera; pues el referido Marino habia llegado en otro tiempo á Oriente en quince horas ó partes, de las veinticuatro que hay en la redondez del universo, y faltaban cerca de ocho para llegar á las islas de Cabo Verde. Ahora bien, el referido Marino no comenzó su descubrimiento tan al Poniente como creyó; porque habiendo escrito en su *Cosmografía* en quince horas ó partes de la esfera hacia el Oriente, si no habia llegado aun al fin de la tierra, era preciso que esta extremidad estuviere mas adelante, y de consiguiente mas próxima á las islas de Cabo Verde por nuestro Occidente. Si aquel espacio era mar, un buque podría fácilmente recorrerlo en poco tiempo, y si tierra, mas pronto se descubriría por el mismo Occidente, en atencion á que estaria mas cerca de las dichas islas.

Á esta razon se agrega lo que dice Estrabon en el libro XV de su *Cosmografía*, á saber: que nadie habia llegado con un ejército á la extremidad oriental de la India, país tan grande, segun Ctésias, como toda la otra parte del Asia. Onesicrito afirma que es la tercera parte de la esfera, y Nearca que tiene cuatro meses de camino llano. Plinio dice ademas en el capítulo 17 del libro XV de su *Historia natural*, que la India es la tercera parte de la tierra. Deducía, pues, que tal magnitud era causa de que estuviésemos mas próximos á nuestra España por el Occidente.

La quinta consideración que hacia creer mas en la poca extension de aquel espacio, era la opinion de Alfragano y de sus secuaces, el cual supone la redondez de la esfera mucho menor que todos los demas autores y cosmógrafos, no atribuyendo á cada grado de esfera mas de 56 millas y dos tercios, de cuya opinion inferia que siendo la esfera pequeña, aquel espacio de la tercera parte, que Marino dejó como desconocido, debía ser por precision muy pequeño. En su consecuencia, sería navegado en ménos tiempo de lo que él mismo suponía; porque no estando aun descubierta la extremidad oriental de la India, esta extremidad sería la tierra que se encuentra próxima á nosotros por Occidente, y en tal virtud se podría

llamar con justa razon Indias á las tierras que descubriese. Se ve, pues, claramente con qué poca razon maese Rodrigo, arcediano que fué de Reina en Sevilla, y algunos de sus secuaces, censuran al Almirante diciendo que no debía llamarlas Indias, porque no lo eran: el Almirante no las llamó Indias porque hubiesen sido vistas ni descubiertas por otros, sino porque eran la parte oriental de la India mas allá del Ganges, á la cual ningun cosmógrafo habia asignado límite ó confin con otra tierra ó provincia por el Oriente, á no ser con el Océano, y como estas tierras son la parte oriental desconocida de la India, y no tienen nombre particular, les asignó el del país mas cercano, llamándolas Indias Occidentales; tanto mas cuanto que sabiendo la opinion que tenia de rica y célebre la India, quiso invitar con aquel nombre á los Reyes Católicos, dudosos de su empresa, diciéndoles que iba á descubrir las Indias por el camino de Occidente. Todas estas razones le determinaron á desear ser comisionado por los reyes de Castilla, con preferencia á cualquier otro príncipe.

La segunda razon que animó al Almirante á acometer aquella empresa, y que le permitió llamar Indias á las tierras que descubriese, fueron las muchas autoridades de personas doctas, cuya opinion era que se podía navegar por Occidente desde España hasta la extremidad oriental de la India, y que el mar que existia en medio no era muy grande, segun afirma Aristóteles al fin del libro II del *Cielo y del Mundo*, donde dice que se puede desde las Indias pasar á Cádiz en pocos dias. Esto lo prueba tambien Averrroes; y Séneca en el libro I de las *Razones naturales*, no estimando en nada lo que se puede saber en este mundo, en comparacion de lo que se llega á aprender en la otra vida, dice que un barco podría ir en pocos dias, con viento favorable, desde la última parte de España hasta la India. Si, como pretenden algunos, este Séneca, fué el que compuso las tragedias, podremos decir que aludió á lo mismo en el coro de la *Tragedia de Medea*.

..... Venient annis
Sæcula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Tiphysque novus
Detegat orbis, nec sit terris
Ultima Thule.

Lo que quiere decir: «En los últimos años llegarán siglos en que el Océano aflojará los vínculos que unen las cosas, y entonces se descubrirá un gran país; otro Tifis explorará nuevos mundos, y Thule no será la tierra mas remota.» Profecía que se considera cumplida en nuestros dias en la persona del Almirante. Estrabon dice tambien en el libro I de su *Cosmografía*, que el Océano rodea toda la tierra, que por el Oriente baña toda la India, y por el Occidente la España y la Mauritania, y que se podría, si la extension del Atlántico no lo impidiese, navegar de uno á otro país en un mismo paralelo. Repite lo propio en el segundo libro. Plinio, en el capítulo 3 del libro II de su *Historia natural*, dice tambien que el Océano circunda toda la tierra, y que su longitud de Levante á Poniente es desde la India á Cádiz. Añade en el capítulo 31 del libro VI, y Solino en el LXVIII de las *Cosas memorables*, que desde las islas Gorgóneas, que se cree son las de Cabo Verde, la navegacion es de 40 dias hasta las Hespérides, que el Almirante opinó debian ser las de la India. El Veneciano Marco Polo y Juan de Mandeville dicen, en sus itinerarios, haber penetrado en el Oriente, mucho mas allá de los lugares descritos por Tolomeo y Marino, y aunque no hablan del Mar Occidental, puede, no obstante deducirse, por lo que refieren del Oriente, que la mencionada India está próxima á África y á España. Pedro Aliaco, en el tratado *De Imagine mundi*, capítulo 8,

(1) *Storia del signor don Fernando Colombo*. Milan, 1614.

De *quantitate terrarum habitabilis*, y Julio Capitolino, *De locis habitabilibus*, y en otros varios tratados, dicen que la India y España están próximas una á otra por el Occidente, y que el mar que se extiende entre las extremidades de España, el África Occidental, y el principio de la India, hácia el Oriente, no es muy grande, considerándose como cierto, que se puede cruzar todo en pocos dias con vientos favorables. El principio de la India por el Oriente no debe, pues, estar muy distante de la extremidad occidental del África.

Esta autoridad y otras semejantes de este autor fueron las que mas determinaron al Almirante á creer que el pensamiento que habia concebido era verdadero, y tambien un tal maese Pablo, físico de maese Domingo, Florentino, contemporáneo del Almirante, fué en gran parte causa de que emprendiese su viaje con mas ardor. En efecto, siendo el referido maese Pablo amigo de un canónigo de Lisboa, llamado Fernando Martínez, se escribían uno á otro cartas sobre la navegacion que se hacia al país de Guinea, en tiempo del rey Don Alonso de Portugal, y la que se podia hacer á los países de Occidente, lo que llegó á oídos del Almirante, muy curioso en estas cosas, y escribió al momento sobre el particular á maese Pablo por mediacion de un tal Lorenzo Girardi, Florentino, que estaba en Lisboa, y le envió una pequeña esfera, descubriéndole su proyecto; maese Pablo le dirigió la contestacion en latín, cuya traduccion es esta:

« Á Cristóbal Colon, Pablo, físico, salud.

« Veo tu noble y gran deseo de pasar á las tierras donde nacen las especias: así te envío en contestacion á tu carta la copia de otra que he escrito hace algunos dias á un amigo mio de la servidumbre del muy serenísimo rey de Portugal, ántes de las guerras de Castilla, en respuesta á una que me dirigió sobre el mismo asunto, por comision de Su Alteza. Te mando tambien otra carta de navegacion, igual á la que le envié á él, por medio de la cual quedarán satisfechas tus preguntas. »

La copia de mi carta es esta:

« A Fernando Martínez, canónigo, Pablo, físico, salud.

« He sabido con sumo placer la familiaridad en que vives con tu muy serenísimo y magnífico soberano; y aunque varias veces he hablado del cortísimo camino que hay desde aquí á las Indias donde nacen las especias, por la via del mar, que creo mas corta que la que hacéis por Guinea, me dices que Su Alteza quisiera de mí una declaracion ó demostracion, á fin de que se conozca y pueda emprenderse dicho camino. En tal concepto, si bien estoy seguro de que podria demostrárselo con la esfera en la mano, y hacerle ver cómo es el mundo, he resuelto, para mas facilidad y que me comprenda mejor, indicar este camino en una carta semejante á las que se hacen para navegar, y así la envié á Su Majestad, hecha y dibujada por mi mano. He marcado en ella todas las extremidades de Poniente, desde la Irlanda al Mediodía, hasta la extremidad de la Guinea, con todas las islas que se encuentran en el camino. Enfrente de las cuales, hácia Poniente, está marcado el principio de la India, con las islas y lugares adonde podéis ir, y cuánto podéis separaros del polo ártico por la línea equinoccial, y hasta qué distancia, es decir, cuántas leguas necesitáis andar para llegar á aquellos países fértiles en toda clase de especias, perlas y piedras preciosas. No os admiréis si llamo Poniente al país donde nacen las especias, que comunmente se dice proceden de Levante, pues los que navegan hácia Poniente, encontrarán siempre dichos lugares á Poniente, y los que caminen por tierra hácia Levante los encontrarán siempre á Levante. Las líneas rectas tiradas en toda su longitud en dicha carta indican la distancia que hay de Levante á Poniente; las demas, marcadas oblicuamente, la distancia de

Norte á Mediodía. Tambien he trazado en ella varios puntos de las comarcas de la India, adonde se podria ir en caso de tempestad, vientos contrarios ó cualquiera otra circunstancia inesperada. Ademas, para dar un informe completo sobre todos aquellos lugares, que tanto deseáis conocer, os diré, que todas aquellas islas no están habitadas ni frecuentadas sino por mercaderes; advirtiéndole, que hay allí mas cantidad de barcos y marineros con mercancías que en cualquiera otra parte del mundo, especialmente en un hermoso puerto llamado Zaiton, donde cien grandes naves cargan y descargan todos los años pimienta, ademas de otras muchas que conducen otras especias. Aquel país está muy poblado: se compone de muchas provincias, reinos y ciudades, bajo el dominio de un príncipe llamado el Gran Kan, nombre que significa rey de los reyes, cuya residencia es la mayor parte del tiempo la provincia de Catay. Sus predecesores desearon tener relaciones de amistad con los Cristianos, y enviaron, hace 200 años, embajadores al sumo pontífice, suplicándole que les mandase sabios y doctores para enseñarles nuestra fe; pero los obstáculos que encontraron estos embajadores, hicieron se volviesen sin poder llegar á Roma. Otro embajador enviado al papa Eugenio IV le refirió la grande amistad que aquel príncipe y sus pueblos han contraído con los Cristianos, y yo hablé largamente con él de varias cosas, como tambien de la grandeza de los edificios reales, de la extension de los rios, en su longitud y latitud; me refirió varias maravillas con respecto á la multitud de ciudades y aldeas que existen en sus orillas. Solo en un rio hay 200 ciudades, edificadas con puentes de mármol, muy anchos y largos, que están adornados con muchas columnas. Este país es tan excelente como cualquiera otro de los descubiertos; no solo se encuentran allí grandes ventajitas y muchas cosas ricas, sino tambien oro, plata, perlas, piedras preciosas, gran cantidad de especias de todas clases, de lo que nunca se ha traído nada á nuestro país. Muchos hombres doctos, filósofos, astrólogos y otros grandes sabios en todas las artes, y dotados de gran talento, gobiernan en aquella gran provincia, y mandan en las batallas. Saliendo de Lisboa y caminando rectamente hácia Poniente, hay en la dicha carta 26 espacios, cada uno de 250 millas, hasta la muy noble y gran ciudad de Quinsai, cuyo circuito es de 400 millas. Cuéntanse de esta ciudad, cuyo nombre significa ciudad del Cielo, cosas maravillosas acerca de la grandeza de los ingenios, construcciones y rentas. Este espacio es casi la tercera parte de la esfera. Aquella ciudad está situada en la provincia de Mangó, próxima á la del Catay, donde el rey reside la mayor parte del tiempo. Desde la isla de Antilia, que llamáis de las siete ciudades, y que ya conocéis, hasta la nobilísima isla de Cipango, hay 10 espacios, que componen 2,500 millas, es decir, 225 leguas, y esta isla es muy abundante en oro, perlas y piedras preciosas, pues debéis saber que allí se cubren los templos y las habitaciones reales con planchas de oro fino. De modo que, no siendo conocido el camino, todas estas cosas se encuentran ocultas é ignoradas y á la isla se puede ir con seguridad. Seria fácil añadir otras muchas cosas; pero como ya hemos hablado, y sois prudente y de buen juicio, estoy seguro que no os quedará nada por comprender, así no me extendo mas. He satisfecho á vuestras preguntas en lo que me lo ha permitido la brevedad del tiempo y mis ocupaciones. Quedo ademas á las órdenes de Su Alteza, pronto siempre á servirle en todo lo que guste mandarme. »

Despues de ésta carta volvió otra vez á escribir al Almirante en la forma siguiente:

« Á Cristóbal Colon, Pablo, físico, salud.

» He recibido tu carta con las cosas que me mandaste, las cuales he considerado como un gran favor, y he estimado tu deseo noble y grande de navegar de Levante á Poniente, como lo demuestra el mapa que

te envié; y se demostrará mejor aun en forma de esfera redonda. Me alegro mucho de que haya sido bien entendido y de que dicho viaje no solo sea posible, sino verdadero y cierto, capaz de producir honra y ganancia inestimable, como tambien una gloria inmensa á los ojos de todos los Cristianos. No lo podéis conocer perfectamente sino con la experiencia ó con la práctica, cual la he tenido yo larga y repetida, y con buenos y verídicos datos de hombres ilustres y de gran saber que han llegado de aquellos países á esta corte de Roma, y de otros negociantes que han traficado mucho tiempo allí, personas todas de grande autoridad. Así es que cuando dicho viaje se haga, será á reinos poderosos, en medio de ciudades y provincias muy nobles, muy ricas, abundantemente provistas de todas las cosas que nos son necesarias, es decir, de todas clases de especias en gran cantidad y de innumerables joyas. Esto convendrá tambien á aquellos príncipes y reyes, ansiosos de traficar y contratar con Cristianos de nuestros países, tanto porque entre ellos hay tambien Cristianos, como por hablar y tratar con los hombres sabios é ingeniosos de estas comarcas, acerca de religion y de todas las demas ciencias, por el gran concepto que han formado de nuestros imperios é instituciones. No me admiro, pues, por todas estas cosas y otras muchas que podrian añadirse, que tú, dotado de gran corazon, y toda la nacion portuguesa, que ha tenido constantemente hombres distinguidos en todas las empresas, deseéis con ardor ejecutar semejante viaje. »

Esta carta, como he dicho, estimuló aun mas al Almirante á emprender su descubrimiento, si bien el que se la habia enviado estaba en un error, creyendo que las primeras tierras que encontrarse deberian ser el Catay y el imperio del Gran Kan con las demas cosas que refiere; pues, como la experiencia nos ha demostrado, hay mucha mas distancia desde nuestra India hasta allí, que la que hay desde aquí á aquellos países.

La tercera y última causa que impulsó al Almirante á emprender el descubrimiento de las Indias, fué la esperanza de poder encontrar, ántes de llegar á ella, alguna isla ó tierra de grande utilidad, desde donde le seria fácil proseguir su proyecto principal. Confirmábase esta esperanza la autoridad de varios hombres sabios y filósofos, que tenían por cosa cierta que la mayor parte de esta esfera de agua y de tierra está seca, es decir, que hay mas espacio y superficie de tierra que de agua. De donde inferia, que desde la extremidad de España hasta los límites de la India conocidos entónces, habia otras muchas islas y tierras, como lo ha demostrado despues la experiencia. Daba á esto crédito mas fácilmente por las muchas fábulas y cuentos que oia referir á diferentes personas y marineros que traficaban en las islas y mares occidentales de las Azores y de la Madera, no dejando de grabar en su memoria todos los indicios que se rozaban con su proyecto. Por lo mismo, no los omitiré, para satisfaccion de los que gustan de tales curiosidades. Conviene se sepa que un piloto del rey de Portugal, llamado Martin Vicente, le dijo que encontrándose una vez á 450 leguas al Oeste del Cabo de San Vicente, vió y recogió en el mar un pedazo de madera ingeniosamente trabajado; pero no con hierro; por esto y porque habian soplado los vientos del Oeste varios dias, dedujo que aquel pedazo de madera procedia de algunas islas situadas hácia el Occidente. Ademas, un tal Pedro Corea, casado con una hermana de la mujer del Almirante, le dijo que habia visto en la isla de Porto Santo otro pedazo de madera bien trabajado, como el anterior, impulsado allí por los mismos vientos; que tambien habian impedido cañas tan gruesas, que de un nudo á otro contenian nueve garrafas de vino, lo cual dice afirmaba tambien el mismo rey de Portugal, hablando con él de estas cosas, y que le fueron manifestadas, y no existiendo comarcas en Europa donde

crezcan semejantes cañas, debia colegirse que los vientos las habian traído de algunas islas vecinas, ó á lo ménos de la India, pues Tolomeo dice, en el capítulo 17 del libro I de su *Cosmografía*, que se encuentran de estas cañas en las regiones orientales de las Indias. Algunos habitantes de las islas Azores le dijeron tambien, que cuando reinaban mucho tiempo los vientos del Oeste, el mar arrojaba algunos pinos á aquellas islas, sobre todo á la Graciosa y al Fayal, donde se sabe que no crecen, ni tampoco en todas aquellas partes, árboles de esta clase; que ademas, en la isla de las Flores, una de las Azores, el mar arrojó á la costa dos cadáveres humanos, de rostro muy ancho, y de diferente aspecto que los Cristianos. En el Cabo de la Verga y en todo aquel país se dice que una vez se vieron algunas almadías ó barcas con cabañas, las cuales se cree fueron separadas de su camino por el mal tiempo, atravesando de una isla á otra.

Estos indicios que en aquella época parecían en cierto modo razonables, no eran los únicos; no faltaban gentes que decían haber visto algunas islas, entre otros, un tal Antonio Leme, casado en la isla de la Madera, el cual le aseguró haber visto una vez tres islas, despues de una correría bastante larga hácia Poniente con una carabela. No daba fe á estos últimos, conociendo por sus palabras y relaciones que no habian navegado 100 leguas hácia Poniente, y que engañados por ciertas rocas, las habian creído islas, á ménos que no fuesen las que flotan sobre el agua, llamadas por los marinos *aguades*, que Plinio menciona tambien en el capítulo 97 del libro XI de su *Historia natural*, diciendo que en los países septentrionales, el mar descubre algunas tierras en las cuales hay árboles de enormes raíces, cuyas tierras son llevadas juntamente con los troncos, á manera de balsas ó de islas flotantes. Queriendo Séneca explicar la existencia de tales islas en el libro III de las *Razones naturales*, dice, que hay piedras tan esponjosas y ligeras, que las islas que se forman de ellas en la India flotan sobre el agua. Así, pues, aun cuando fuera cierto que el dicho Antonio Leme hubiese visto alguna isla, no podia ser, segun el Almirante, sino una de las antedichas, como se presume de las de San Brandan, donde se cuenta haberse visto muchas maravillas. Tambien se mencionan otras islas situadas muy al Norte; las hay tambien en aquellos alrededores que arrojan siempre llamas. Juvencio Fortunato refiere que se ha hablado de otras dos islas situadas al Occidente, y mas australes que las de Cabo Verde, que flotan sobre el agua. Por ellas y por otras semejantes es por lo que muchos habitantes de las islas del Hierro, la Gomera y las Azores han afirmado que veían todos los años varias islas hácia la parte del Poniente. Lo tenían por cosa muy cierta, y varias personas honradas juraban que era verdad. El mismo Juvencio dice tambien que en el año de 1484 un habitante de la isla de la Madera fué á Portugal á pedir al rey una carabela para ir á reconocer cierto país que aseguraba bajo juramento ver todos los años, y siempre del mismo modo, conforme en esto con los demas que decían haberlo visto desde las Azores.

Por estos indicios se marcaban antiguamente, en las cartas y mapamundis que se hacían, varias islas en aquellos alrededores, en atencion principalmente á que Aristóteles, en el libro de las *Cosas naturales maravillosas*, afirma que algunos mercaderes cartagineses habian navegado por el Mar Atlántico hasta una isla muy fértil, de que hablarémos despues con mas pormenores, cuya isla algunos Portugueses colocaban en sus cartas con el nombre de Antilia. Aunque no estaban conformes con Aristóteles en cuanto á la situacion, nadie la colocaba á mas de 200 leguas hácia el Occidente, enfrente de las Canarias y de las islas Azores. Se considera por lo demas como cosa cierta que la Antilia es la isla de las siete ciudades, poblada

por los Portugueses en la época en que España fué ganada al rey Don Rodrigo por los Moros, esto es, en el año 714 del nacimiento de Cristo. Cuéntase, pues, que en aquella época se embarcaron siete obispos que fueron con gente y varios barcos á aquella isla donde cada cual construyó una ciudad, y á fin de que los suyos no pensasen volver á España, quemaron los barcos con todas las cuerdas y demas cosas necesarias para navegar. Hablando despues ciertos Portugueses de aquella isla, aseguraban que habian ido á ella muchos compatriotas suyos, los cuales no habian podido retroceder. Dicese, especialmente, que en la vida del infante Don Enrique de Portugal, un barco que salió de este reino fué arrojado por una tempestad á Antilia, y que habiendo bajado á tierra las personas de á bordo, las de la isla las condujeron al templo para ver si eran Cristianos, y si observaban las ceremonias romanas. Viendo que las observaban, les rogaron no se marchasen hasta la vuelta de su señor, que estaba ausente, el cual los agasajaria y les haria muchos regalos, añadiendo que inmediatamente iban á informarle de su llegada. Pero el patron y los marineros temieron ser detenidos, figurándose que aquella gente, no queriendo ser conocida, les quemaria el barco, por lo cual se volvieron á Portugal con la esperanza de ser recompensados por el infante. Este los reprendió severamente y les mandó dirigirse otra vez á aquella isla; pero el patron huyó de miedo con su barco y tripulacion fuera de Portugal. Dicese que mientras los marineros estaban en la iglesia en la isla Antilia, los grumetes del barco recogieron arena para la cocina, y encontraron que la tercera parte de ella era oro fino.

Un tal Diego de Tiene fué tambien en busca de aquella isla, y su piloto, llamado Pedro de Vasco, natural de Pálos de Moguer en Andalucía, dijo al Almirante en Santa María de la Rábida, que salieron de Fayal, y navegaron mas de 180 leguas al Sudoeste, y que al volver descubrieron la isla de las Flores, á la cual los guiaron muchas aves que volaron en aquella direccion, pues siendo aves terrestres y no marinas, juzgaron que no podrian ir á descansar sino á alguna tierra. Caminaron despues tanto al Nordeste, que llegaron al Cabo de Chiara, en Irlanda, por el Oeste, y encontraron allí fuertes vientos que soplaban del Oeste, sin que no obstante estuviese el mar agitado, lo que creyeron procederia de alguna tierra que existiese hácia Occidente. Pero como el mes de agosto habia comenzado ya, no quisieron volver á la isla por temor del invierno. Esto sucedió 40 años despues de que se descubriesen nuestras Indias. Estos hechos le fueron confirmados en el Puerto de Santa María por un pobre marinero, que le dijo que en uno de sus viajes á Irlanda, vió dicha tierra, tomándola entonces por una parte de la Tartaria que daba vuelta á Occidente; debia ser la que llamamos hoy Tierra de Bacalaos; pero que no pudieron acercarse á ella á causa del mal tiempo.

Confirmaba todo esto un tal Pedro Velasco Gallego, que aseguró al Almirante, en la ciudad de Murcia, que haciendo aquella navegacion, se acercaron tanto al Nordeste, que vieron una tierra al Occidente de Irlanda. Esta tierra, segun él, era la que un tal Zeraldémos trató de descubrir del modo que contaré fielmente, segun lo he leído en los escritos de mi padre, á fin de que se sepa como una cosa pequeña sirve á algunos de punto de partida para emprender otra mayor. Gonzalo de Oviedo refiere en su *Historia de las Indias*, que el Almirante tuvo una carta, en la cual halló descritas las Indias por un individuo que las habia descubierto ántes. Esto sucedió del modo siguiente: Un Portugues, llamado Vicente Díaz, ciudadano de Tavira, que navegaba de Guinea á la isla Tercéira, habia pasado ya mas allá de la Madera, que dejó al Este, cuando vió ó se figuró ver una isla que no dudó fuese verdaderamente tierra. Luego que llegó á Tercéira, co-

municó esto á un mercader genoves, llamado Lucas de Cazzana, que era muy rico y amigo suyo, persuadiéndole á que armase algun buque para conquistar aquel país. Prestóse á ello con gusto el Genoves, y obtuvo del rey de Portugal la autorizacion de hacerlo. Escribió, pues, á su hermano Francisco de Gazzana, que vivia en Sevilla, diciéndole que armase al referido piloto una barca con la mayor diligencia. Pero, moviéndose el dicho Francisco de tal expedicion, equipó una Lúcas en la isla Tercéira, y aquel piloto fué tres ó cuatro veces en busca de la referida isla, alejándose de 120 á 130 leguas; pero se cansó en vano, porque ni aun encontró tierra. Sin embargo, ni él ni su compañero desistieron de su empresa hasta su muerte, conservando siempre la esperanza de encontrar la isla; y me fué dicho y afirmado por el mencionado hermano, que habia conocido á dos hijos del capitán que descubrió á Tercéira, llamados Miguel y Gaspar Cortereal, los cuales en diversas épocas se pusieron en camino para descubrir aquellas tierras, y concluyeron por sucumbir en la empresa uno despues de otro, en el año 1502, sin que se supiese cómo ni dónde; y que esto era cosa conocida de muchas personas.»

(G) pág. 694

CARTA RARÍSIMA DE COLON.

Con este título publicó Morelli en 1810 una traduccion italiana hecha en 1503 de la relacion del cuarto viaje de Colon, dirigida por él mismo desde la Jamaica á los reyes. Luis Bossi la tradujo al frances, tomándola de esta version; pero cambiando con frecuencia el sentido y á veces interpolando frases. Humboldt, el que mas estudió y mejor dió á conocer á Colon, dice que nada hay mas patético que la tristeza que domina en esta carta, y recomienda especialmente á los que quieran profundizar el carácter de aquel hombre extraordinario la narracion de la vision nocturna. En efecto, en ella se presenta Colon con todas las debilidades y todos los delirios de un grande hombre sumido en la amargura; se deja llevar mas que nunca de fantasías metafísicas; ofrece en suma lo que por algunos se ha llamado espectáculo digno de los dioses, el del hombre fuerte luchando con la desgracia. Damos esta carta traducida del texto de Navarrete (*).

« Carta que escribió Don Cristóbal Colon, virey y almirante de las Indias, á los cristianísimos y muy poderosos rey y reina de España, nuestros señores, en que les notifica cuanto le ha acontecido en su viaje y en las tierras, provincias y ciudades, rios y otras cosas maravillosas, y donde hay minas de oro en mucha cantidad, y otras cosas de gran riqueza y valor.

Serenísimos y muy altos y poderosos príncipes rey é reina, nuestros señores: De Cádiz pasé á Canarias en cuatro dias, y dende á las Indias en diez y seis dias, donde escribia. Mi intencion era dar prisa á mi viaje en cuanto yo tenia los navíos buenos, la gente y los bastimentos, y que mi derrota era en la isla de Jamaica; y en la isla Dominica escribí esto: fasta allí truje el tiempo á pedir por la boca. Esa noche que allí entré fué con tormenta y grande, y me persiguió despues siempre. Cuando llegué sobre la Española envié el envoltorio de cartas, y á pedir por merced un navío por mis dineros, porque otro que yo llevaba era in navegable y no sufría velas. Las cartas tomaron y sabrán si se las dieron la respuesta. Para

(* Nosotros la trasladamos original, y aprovechamos la ocasion para decir que hemos acudido á los originales siempre que el autor ha presentado trozos traducidos de escritores españoles.

(N. del T.)

mi fué mandarme de parte de ahí, que yo no pasase ni llegase á la tierra: cayó el corazon á la gente que iba conmigo, por temor de los llevar yo lejos, diciendo que si algun caso de peligro les viniese que no serian remediados allí, ántes les seria fecha alguna grande afrenta. Tambien á quien plugo dijo que el comendador habia de proveer las tierras que yo ganase. La tormenta era terrible, y en aquella noche me desmembró los navíos: á cada uno llevó por su cabo sin esperanzas, salvo de muerte: cada uno de ellos tenia por cierto que los otros eran perdidos. — ¿Quién nació, sin quitar á Job, que no muriera desesperado? ¿que por mi salvacion y de mi hijo, hermano y amigos me fuese en tal tiempo defendida la tierra y las puertas que yo, por la voluntad de Dios, gané á España sudando sangre? — É torno á los navíos que así me habia llevado la tormenta y dejado á mi solo. Deparómelos nuestro Señor cuando le plugo. El navío sospechoso habia echado á la mar, por escapar, fasta la isola la Gallega; perdió la barca, y todos gran parte de los bastimentos: en el que yo iba, abalunado á maravilla, nuestro Señor le salvó que no hubo daño de una paja. En el sospechoso iba mi hermano; y él, despues de Dios, fué su remedio. É con esta tormenta, así á gatas, me llegué á Jamaica: allí se mudó de mar alta en calmeria y grande corriente, y me llevó fasta el *Jardín de la Reina* sin ver tierra. De allí, cuando pude, navegué á la tierra firme; adonde me salió el viento y corriente terrible al opósito: combati con ellos sesenta dias, y en fin no le pude ganar mas de 70 leguas. — En todo este tiempo no entré en puerto, ni pude, ni me dejó tormenta del cielo, agua y trombones y relámpagos de continuo, que parecia el fin del mundo. Llegué al Cabo de *Gracias á Dios*, y de allí me dió nuestro Señor próspero el viento y corriente. Esto fué á 12 de setiembre. Ochenta y ocho dias habia que no me habia dejado espantable tormenta, á tanto que no vide el sol ni estrellas por mar; que á los navíos tenia yo abiertos, á las velas rotas, y perdidas anclas y jarcia, cables, con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma, y todos contritos, y muchos con promesa de religion, y no ninguno sin otros votos ni romerías. Muchas veces habian llegado á se confesar los unos á los otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces, que teníamos por esforzados. El dolor del fijo que yo tenia allí me arrancaba el ánima, y mas por verle de tan nueva edad de trece años en tanta fatiga, y durar en ello tanto, nuestro Señor le dió tal esfuerzo, que él avivaba á los otros, y en las obras hacia él como si hubiera navegado ochenta años, y él me consolaba. Yo habia adolescido y llegado fartas veces á la muerte. De una camarilla, que yo mandé hacer sobre cubierta, mandaba la via. Mi hermano estaba en el peor navío y mas peligroso. Gran dolor era el mio, y mayor porque lo truje contra su grado; porque por mi dicha, poco me han aprovechado veinte años de servicios que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy dia no tengo en Castilla una teja; si quiero comer ó dormir no tengo, salvo al meson ó taberna, y las mas de las veces falta para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazon por las espaldas, y era de Don Diego, mi hijo, que yo dejé en España tan huérfano y desposeionado de mi honra é hacienda; bien que tenia por cierto que allá como justos y agradecidos príncipes le restituirian con acrescentamiento en todo.

Llegué á tierra de *Cariay* adonde me detuve á remediar los navíos y bastimentos, y dar aliento á la gente, que venia muy enferma. Yo, que, como dije, habia llegado muchas veces á la muerte, allí supe de las minas del oro de la provincia de *Ciamba*, que yo buscaba. Dos Indios me llevaron á *Carambaru*, adonde la gente anda desnuda y al cuello un espejo de oro, mas no le querian vender ni dar á trueque.

Nombráronme muchos lugares en la costa de la mar, adonde decian que habia oro y minas; el postrero era *Veragua*, y lejos de allí obra de veinticinco leguas: parti con intencion de los tentar á todos, y llegado ya el medio supe que habia minas á dos jornadas de andadura: acordé de enviarlas á ver vispera de San Simon y Judas, que habia de ser la partida: en esa noche se levantó tanta mar y viento, que fué necesario de correr hácia donde él quiso, y el Indio adalid de las minas siempre conmigo. En todos estos lugares, adonde yo habia estado, fallé verdad todo lo que yo habia oido: esto me certifió que es así de la provincia de *Ciguare*, que segun ellos, es descrita nueve jornadas de andadura por tierra al Poniente: allí dicen que hay infinito oro, y que traen corales colgados de la cabeza á las espaldas. En esta que yo digo, la gente toda de estos lugares conciertan en ello, y dicen tanto que yo sería contento con el diezmo. Tambien todos conocieron la pimienta. En *Ciguare* usan tratar en ferias y mercaderías; esta gente así lo cuentan, y me amostraban el modo y forma que tienen en la barata. Otrosí dicen que las naos traen bombardas, arcos y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos, y usan la guerra, y traen ricas vestiduras, y tienen buenas cosas. Tambien dicen que la mar boxa á *Ciguare*, y de allí á diez jornadas es el rio de *Ganques* (1). Parece que estas tierras son *Veragua*, como Tortosa con Fuenterrabia, ó Pisa con Venecia.

Cuando yo partí de *Carambaru* y llegué á esos lugares que dije, fallé la gente en aquel mismo uso, salvo que los espejos del oro: quien los tenia los daba por tres cascabeles de gabilan por el uno, bien que pesasen diez ó quince ducados de peso. En todos sus usos son como los de la Española. El oro cogen con otras artes, bien que todos son nada con los de los Cristianos. Esto que yo he dicho es lo que oyo. Lo que yo sé es que el año de noventa y cuatro navegué veinticuatro grados al Poniente en término de nueve horas, y no pudo haber yerro porque hubo eclipses: el sol estaba en Libra y la luna en Ariete. Tambien esto que yo supe por palabra habialo yo sabido largo por escrito. Tolomeo creyó de haber bien remedado á Marino, y ahora se falla su escritura bien propinqua al cierto. Tolomeo asienta *Cati-gara* á doce líneas lejos de su occidente, que él asentó sobre el Cabo de San Vicente en Portugal dos grados y un tercio, Marino en quince líneas constituyó la tierra é terminor. Marino en Etiopia escribe al Indo la línea equinoccial mas de veinticuatro grados, y ahora que los Portugueses le navegan le fallan cierto. Tolomeo diz que la tierra mas austral es el plazo primero, y que no abaja mas de quince grados y un tercio. É el mundo es poco: el enjuto de ello es seis partes, la séptima solamente cubierta de agua: la experiencia ya está vista, y la escribí por otras letras y con adornamiento de la Sacra Escritura, con el sitio del Paraiso terrenal, que la santa Iglesia aprueba: digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y que un grado de la equinoccial está cincuenta y seis millas y dos tercios; pero esto se tocará con el dedo. Dejo esto, por cuanto no es mi propósito de hablar en aquella materia, salvo de dar cuenta de mi duro y trabajoso viaje, bien que él sea el mas noble y provechoso. — Digo que vispera de San Simon y Judas corrí donde el viento me llevaba, sin poder resistirle. En un puerto excusé diez dias de gran fortuna de la mar y del cielo: allí acordé de no volver atras á las minas, y dejélas ya por ganadas. Partí, por seguir mi viaje, lloviendo: llegué á puerto de *Bastimentos*, adonde entré y no de grado: la tormenta y gran corriente me entró allí catorce dias; y despues partí, y no con buen tiempo. Cuando yo hube

(1) Como Colon creía ser aquel continente del Asia juzgaba estar allí el rio *Ganges*, á diez jornadas de *Ciguare*.